

La estultofilia o la pasión por la ignorancia. El síndrome del pensamiento cero.

Lola López Mondéjar

“La primacía de los tontos es insuperable y está garantizada para todas las épocas.

El terror de esa tiranía se mitiga por su ineficacia y sus consecuencias. Para ser miembros irreprochables de un rebaño de ovejas, hace falta primero ser oveja”.

Albert Einstein.

“Caminamos irremediabilmente hacia la ignorancia”.

José Saramago.

*“Mundus vulp decepi: ergo decepiatur”
(el mundo quiere ser engañado, luego engañémosle”.*

Petronio.

Cuando Hannah Arendt (1.964) presencié y narré el juicio de Eichmann en Jerusalem sólo pudo llegar a la conclusión de que el mal, lejos de ser una rareza en el ser humano, puede aparecer en cualquiera de nosotros. Comprobó que los asesinos como Eichmann no eran monstruos excepcionales sino hombres corrientes que hacían dejación¹ de su capacidad de pensar y de responsabilizarse de sus actos bajo la sumisión y la obediencia a un poder externo que justifica estos; desde entonces el mal cambió su rostro terrorífico por una jánica doble faz:: de un lado el

monstruo, el psicópata, el calculador, del otro el hombre sin atributos, el mal como banalidad. Cito a Arendt (2001) “Me impresionó la manifiesta superficialidad del acusado, que hacía imposible vincular la incuestionable maldad de sus actos a ningún nivel más profundo de enraizamiento o motivación. Los actos fueron monstruosos, pero el responsable era totalmente corriente, del montón, ni demoníaco ni monstruoso”. Así presentado, el mal se convierte en algo siniestro que acecha en el interior de los hombres y de las mujeres de la calle sin que en ellos haya ningún estigma previo que los señale como portadores de esa semilla de maldad que se activa a poco que las condiciones sociales abonen su crecimiento.

Bilbeny (1995), retomando los conceptos de Arendt en lo que se refiere al exterminio de millones de judíos a manos de los nazis, afirma: “El mal capital de nuestro siglo tiene su causa en la apatía moral de seres inteligentes”, y añade: “el asesino de masas es, ante todo, un *idiota moral*”, el dato compartido por la mayoría de los nazis era la insensibilidad moral. El autor hace referencia a la idiotez colectiva de los pueblos alemanes e ingleses frente al holocausto.

Es esta superficialidad del asesino que señala Arendt, tanto como la ausencia de pensamiento que identifica Bilbeny, lo que nos interesa para exponer nuestra tesis. Para Arendt la capacidad de pensar del hombre va unida al reconocimiento de su duplicidad, de su división interna, la conciencia de ser dos en uno que distingue al individuo que hace uso de su capacidad de pensamiento.

¹Detengámonos un instante en la palabra dejación: acción de dejar(se). Dejadedez (Diccionario Manuel Seco), y lo que implica de abandono de la responsabilidad subjetiva.

Sin embargo, tener capacidad de pensamiento no significa que sea usada -como Arendt bien se encarga de advertirnos-, máxime cuando se elude el reconocimiento de la división subjetiva y nos conformamos con la plácida identificación yoica.

Sara Paín (1985, 1992), que se ocupa desde hace décadas de las dificultades del aprendizaje, identifica a la *oligotimia* social como el problema más grave del aprendizaje. Nos encontramos, nos dice, en una sociedad que produce sujetos cuya actividad cognitiva, pobre, mecánica y pasiva se desarrolla muy por debajo de lo estructuralmente posible.

Para ella la oligotimia² social provoca que el pensamiento, las reflexiones de los más adaptados a las propuestas de nuestra sociedad, estén mutiladas, muy por debajo de lo que cabría esperar de sus capacidades intelectuales. Se trata de una tontuna colectiva, de una vagancia generalizada, de una falta de amor por el conocimiento, de un miedo a pensar con todos los instrumentos que nuestra historia humana nos ha legado. Marcos Roitman (2003) en perfecta consonancia con Paín, afirma que el individuo crítico es hoy socialmente sancionado: "Pretender ejercer el juicio crítico y la facultad de pensar puede considerarse un signo de inadaptación al medio, ser identificado como un enemigo, constituirse en un peligro social y, por ende, ser acusado de alterar el sistema y condenado al ostracismo", uno de los efectos del social-conformismo es la reorientación del deseo hacia la búsqueda de objetos, "pensar se resuelve en el deseo de comprar", así como la construcción de "una realidad donde la renuncia al estado de conciencia se plantea como un objetivo por el cual luchar".

La historia de la humanidad ha estado marcada por la curiosidad. Cuando hace miles de años algunos primates abandonaron los árboles para adentrarse en la sabana, se trataba sin duda de animales valientes y enormemente curiosos. Sin curiosidad los hombres hubiésemos permaneci-

do siempre en el mismo sitio. El amor al conocimiento ha creado nuestra cultura.

Tan intrínseco a la naturaleza de los hombres era ese anhelo que diferentes filósofos y pensadores (desde Jansenius, 1585-1638, hasta Pascal) dividieron el placer humano en tres tipos, postulando que nos movían tres clases de deseos:

- *Libido sentiendi*: el placer que nos procuran los sentidos, la carne, la concupiscencia, la sexualidad.

- *Libido sciendi*: el anhelo de saber, la curiosidad de saber, los ojos como puertas de nuestro organismo al conocimiento del mundo.

- *Libido dominandi*: el ansia de poder y de dominio.

La Ilustración (desde la revolución inglesa de 1.688, a la francesa de 1.789) es el paradigma de ese esfuerzo de los hombres por aprender, por conocer el mundo, de su deseo de iluminar a la humanidad por el ejercicio de la razón. Diderot recogió todo el conocimiento en la *Encyclopedie*, un enorme acervo de la memoria vegetal, el acopio del conocimiento de la humanidad.

La pasión del conocimiento, la *libido sciendi*, era cantada y alabada por Rousseau. Los filósofos del siglo de las luces, creían que los hombres podían ser más buenos cuanto más sabios (presupuesto que de nuevo el siglo XX se encargó de dinamitar³ (Baumann, 1.997)), y Kant invitaba a pensar con una máxima famosa: "*Sapere aude*", atreverte a saber.

Sin embargo, hoy es evidente que la *libido sciendi*, el amor al conocimiento que nos animaba como un ideal, la pasión por el saber, ha sido sustituida por una pasión por la ignorancia vendedora indiscutible sobre el ideal ilustrado.

Esta pasión por la ignorancia que nos inunda es el efecto de algunas variables que vamos a exponer brevemente:

Alain Finkielkraut (1.987) ya nos alertaba sobre la cultura zombi, una cultura que llama culturales, por igual, a actividades donde el pensamiento está ausente; tanto un cómic como una

²Debemos el término oligotimia al psicoanalista argentino Enrique Pichón-Rivière (1907-1977), síndrome por el cual identifica a unos niños hospitalizados como oligofrénicos pero sin base orgánica ni estigmas físicos degenerativos. Pichón descubre que el grado de retraso mental significativo de estos niños tiene que ver con carencias afectivas sufridas en la temprana infancia en el seno del grupo familiar. El término pseudodebilidad mental apunta al mismo concepto. Sin embargo, hoy, Roger Misés, especialista en retraso mental, cuestiona el concepto de pseudodebilidad como opuesto a una debilidad mental verdadera, al entender que en todo retraso están implicados factores de orden afectivo, orgánicos, vitales y sociales, "en un movimiento en el cual el estudio de los déficits de la cognición son inseparables del estudio de la organización de la persona en una perspectiva integral" (VERTEX, Revista Argentina de Psiquiatría, 2001, Vol. XII).

³Me remito a este excelente libro de Bauman donde se demuestra la hipótesis de que el holocausto no fue una suspensión o un fallo de la civilización, sino un producto de la propia modernidad. Dice Bauman: "Sospechamos, aunque nos neguemos a admitirlo, que el Holocausto podría haber descubierto un rostro oculto de la sociedad moderna, un rostro distinto del que ya conocemos y admiramos" (pag. 9).

"No se puede permanecer sentado frente a la televisión. No se es libre cuando se está delante de la televisión. Creerse libre haciendo zapping como un imbécil, no es ser libre, es una falsa libertad"

novela de Nabokov, reciben el nombre de cultura. El sujeto posmoderno, "dotado de un mando a distancia así en la vida como ante su aparato de televisión, compone su programa, con la mente serena, sin dejarse ya intimidar por las jerarquías tradicionales. Libre en el sentido de Nietzsche cuando dice que dejar de avergonzarse de uno mismo es la señal de la libertad realizada, **puede abandonarlo todo y entregarse gozosamente a la inmediatez de sus pasiones elementales.** Su elección –trátese de Rimbaud o Renaud, Lévinas o Lavilliers– es automáticamente cultural"⁴. Finkielkraut continúa: "No cabe duda de que el no-pensamiento siempre ha coexistido con la vida del espíritu, pero es la primera vez en la historia europea que se aloja en el mismo vocablo y que disfruta del mismo estatuto", es decir, "cultura", y añade: "cuando el odio a la cultura pasa a ser a su vez cultural, la vida guiada por el intelecto pierde toda significación. La televisión y los ordenadores introducen en todos los hogares los saberes, pero la lógica del consumo destruye la cultura, pues la vacía de cualquier idea de formación, de abertura al mundo y cuidado del alma".

Dejamos a Finkielkraut con una afirmación que suscribimos: "Actualmente lo que rige la vida espiritual es el principio del placer, forma posmoderna del interés privado. Ya no se trata de convertir a los hombres en sujetos autónomos, sino de satisfacer sus deseos inmediatos, de divertirlos al menor coste posible", de convertirlos, al abandonar una vida guiada por el pensamiento en beneficio del ocio, en fanáticos o en zombies.

En otro orden de cosas, la producción industrial, la organización empresarial moderna, que fragmenta la producción alejando al operario de los resultados de su trabajo, la introducción a escala masiva de la mediación de la acción y del intermediario, contribuyen a lo que Bauman ha señalado como **indiferencia moral.** "Al aumentar la distancia, la responsabilidad por el otro se

consume y las dimensiones morales del objeto se desdibujan hasta que ambas llegan al punto de fuga en que desaparecen de la vista... El significado y el peligro de la indiferencia moral se hace particularmente acusado en nuestra sociedad moderna, racionalizada, industrial y tecnológicamente competente, porque en una sociedad así, la acción humana puede ser efectiva a distancia y a una distancia que crece constantemente con el progreso de la ciencia, la tecnología y la burocracia" (Bauman, 1997).

Para Cornelius Castoriadis (1.998,a), la sociedad, ya desde la década de 1.950-60, ha entrado en una fase de **apatía**, de privatización de los individuos, de un repliegue de cada cual en su círculo personal, convirtiéndose en público, en una población cada vez más **átona**, educada por unos medios de comunicación que la deforman sistemáticamente mediante un **culto a lo efímero**, de manera que la gente no puede interesarse por algo que dura más de unos segundos, o unos pocos minutos. Frente a la idea del hombre como un animal que desea saber, Castoriadis (1998,b) opone un hombre como animal que desea la creencia, que desea la certidumbre, de ahí las influencias de las religiones, de las ideologías políticas. Comentando una frase de Tucídides, "Hay que escoger: descansar o ser libres", Castoriadis nos incita a no reposar "No se puede permanecer sentado frente a la televisión. No se es libre cuando se está delante de la televisión. Creerse libre haciendo zapping como un imbécil, no es ser libre, es una falsa libertad".

La producción industrializada de **seres humanos clónicos** (López Mondéjar,2002) lejos de constituir un argumento de ciencia-ficción, se está produciendo a gran escala desde hace años. La clonación psíquica, la reproducción asexual, en serie, de seres humanos iguales, se da en nuestra sociedad posmoderna mediante la exposición reiterada a las propuestas uniformes de los medios de comunicación, que limitan las imágenes de nuestra memoria, homogenizan nuestros deseos,

⁴Ibid, pag. 121 y ss.

nos someten a los mismos fetiches identificatorios prefabricados desde la voracidad consumista de las empresas y el marketing, que tienen a los adolescentes⁵ (cuya labilidad identificatoria les hace extremadamente sensibles a sus propuestas) como población diana (Peters, S, 2003).

Por su parte, un experto en medios audiovisuales como Román Gubern (2000), nos alerta sobre los cambios emocionales de los sujetos de la cultura mediática, donde es más importante parecer que ser, "pues el pueblo (sujeto político activo) se ha convertido simplemente en público (sujeto mediático pasivo). "En todas las pantallas del mundo, nos dirá, prevalece hoy una monocultura homogenizadora, de origen multinacional y de carácter centripeto. Esta monocultura espectacular tiene su plaza fuerte en Hollywood"⁶.

Ahora bien, cada uno de nosotros es su memoria; la identidad personal, el sentimiento de sentirnos únicos y nosotros mismos, tiene que ver con esa narración que cada cual se hace sobre su biografía, sobre su historia, en esa capacidad para narrarnos, para observar el despliegue escénico del abanico de nuestras identificaciones radica nuestra singularidad, la subjetividad humana que no puede agotarse en aquellas sino que tiende a un más allá de la identificación, a la observación de los avatares de la herencia identificatoria constantemente destruida y recreada.

Tenemos tres tipos de memoria, cito a Umberto Eco (2003), la primera es orgánica, es la memoria de carne y sangre que administra nuestro cerebro. La segunda es mineral y la humanidad la conoció en dos formas, hace miles de años encarnada en tablillas de arcilla y en los obeliscos –en los que se tallaban toda clase de escritos–, así como los ordenadores de hoy, cuya memoria es de silicio. La tercera memoria es la memoria vegetal, representada por los primeros papiros y por los libros, hechos de papel.

La necesidad de la humanidad de conservar sus avances y conocimientos es consustancial a la humanidad misma.

Desde las cuevas de Altamira el hombre ha necesitado reflejar, transmitir su saber a través de los medios que estaban a su alcance.

Nos recuerda Eco que Platón, en su Fedro, señala cómo cuando Hermes –el supuesto inventor de la escritura– le presentó su invención al faraón Thamus, recibió muchos elogios, porque la escritura permitiría a los seres humanos recordar lo que de otro modo habrían olvidado. Pero el faraón mostró una objeción: "*La memoria es un gran don que debe vivir gracias al entrenamiento continuo. Con tu invención, las personas ya no se verán obligadas a ejercitarla. Recordarán las cosas, pero no por un esfuerzo interno sino por un dispositivo exterior*". Premonitorio temor del faraón que se anticipa a lo que hoy ocurre con los actuales ordenadores personales.

Hoy a nadie se le ocurre objetar nada contra la escritura pues los libros no sólo no hacen que otra persona piense en nuestro lugar, sino que estimulan sin cesar nuevos pensamientos. Los libros no narcotizan la memoria, sino que la desafían, la amplían, la modifican.

Muchos siglos después, Kafka, cuando apareció el cinematógrafo, comentó a sus conocidos su animadversión hacia el invento, el cine mudo de los inicios, decía el escritor, le robaba sus propias imágenes mentales.

Hoy puede llamarnos la atención la observación de Kafka, pero a menudo es en los primeros momentos de la aparición de un fenómeno cuando podemos observar mejor los cambios que este produce en la sociedad que lo acoge. El cine y lo audiovisual forma parte sustantiva de nuestra cultura hasta el punto de poderla definir como sociedad audiovisual.

Cine y televisión se han convertido en los agentes de educación y socialización más próximos y accesibles. Los valores que antes se transmitían por transmisión oral –por transferencia, en presencia de–, hoy se enseñan mediante imágenes y a distancias virtuales. El consumo de imágenes ha crecido tanto que ha impregnado

⁵Convertirnos a todos en adolescentes es el reto del mercado global, que gana con ello amplias zonas de expansión: cirugías estéticas, y todo el correlato de la industria del culto al cuerpo, por citar el ejemplo más expresivo. Sin embargo, la juvenalización de la sociedad es un fenómeno reciente, como señala Gil Calvo, hace unas pocas décadas se valoraba la experiencia que acompaña a la edad.

⁶Ibid, pag, 57.

todos los campos de nuestra vida, relegando a una condición marginal el uso de la literatura y la palabra, es decir del orden de la escritura y la lectura.

Hoy los temores que apreciaba Kafka serían más pertinentes que nunca. Las cifras de lectores entre nuestros jóvenes son irrisorias, mientras que aumentan las horas que pasan frente al televisor. De la creatividad del lector hemos pasado a la pasividad del espectador. Por otro lado, la educación más activa se enfrenta y es incapaz de combatir la fuerza de algunos medios de comunicación que difunden ideales y valores relativos al dinero fácil, al sexo y a al reconocimiento social sin esfuerzo ni compromiso alguno, un reconocimiento social no vinculado al trabajo sino al azar. Se trata de la propuesta cultural dominante que está ejerciendo sobre los niños y los jóvenes lo que podríamos llamar con Louise Kaplan, un auténtico “asesinato del alma colectivo”⁷, al eliminar en ellos su *libido sciendi* para orientar sus deseos hacia la *libido sentiendi*, esto es, el culto al cuerpo, al placer inmediato de los sentidos.

La ignorancia, la debilidad mental, el desinterés por el saber, se convierte hoy en una verdadera pasión. Seres pasivos, de encefalograma plano, estamos en condiciones de asegurar que nuestros conciudadanos sufren un mal que hemos llamado estultofilia, amor a la banalidad, pasión por la ignorancia.

Del idiota moral a la indiferencia moral, de la *libido sciendi* a la *libido sentiendi*, abordemos el núcleo de nuestra propuesta.

Llamo **estultofilia**⁸ a un mal que afecta a los sujetos de nuestra sociedad posindustrial, poscapitalista y posmoderna, un mal que insta a amar la necesidad por encima de todas las cosas.

El **estultófilo**⁹ está aquejado de un carácter pasivo –nada de esfuerzos, por favor– que le lleva a ceder graciosa y generosamente parte de su actividad mental, su creatividad toda, su autonomía de pensamiento, a otro u otros, especial-

mente a los medios audiovisuales ante los que se expone regularmente como forma privilegiada de relación con los otros.

Sentados frente a la televisión, los estultófilos cesan la actividad de sus neuronas, la reducen a casi cero –llamamos a esto pensamiento cero– y se prestan a la invasión y posterior colonización de propuestas mediáticas banales, en sí mismas estultofílicas, que lo invaden y lo infectan, incapacitándolo sucesivamente para desarrollar su propia capacidad cognitiva, crítica, y creadora.

La novedad del concepto respecto al de alienación (“limitación o condicionamiento de la personalidad impuestos al individuo o a la sociedad por factores externos, sociales, económicos o culturales”, Manuel Seco) es su carácter voluntario y gozoso. Mientras que la alienación hace referencia a una imposición, la estultofilia tiene un carácter de voluntariedad que la caracteriza. El estultófilo experimenta un goce particular en identificarse con la banalidad del ser y del pensar, disfruta ocupándose de lo superficial (moda, coches, perfumes, actitudes, etc.), en absoluta adherencia y acuerdo con las propuestas sociales:

El alienado de antaño sufría la alienación, el estultofílico disfruta de su tontería.

El alienado que tomaba conciencia de su alienación se quejaba, acusaba un conflicto lacerante entre sus aspiraciones y lo que la sociedad le permitía realizar, el estultofílico adora la sociedad en la que se inserta como una tuerca más de su engranaje, en él no existe el conflicto (tiene las características del normópata de Piera Aulagnier), acepta lo que se le ofrece, se identifica con ello y se confunde exactamente con los otros miles de estultófilos que hacen lo mismo.

Este contingente de cándidos desarrolla una eficaz ceguera selectiva hacia sus propios sentimientos, una negación de sus emociones en pro de una historia única y feliz, de una representación de sí mismo unívoca, con una sola interpretación, y tienen una dificultad clara para escuchar

⁷El concepto fue aportado por Von Feuerbach: “Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre”, Editado por la Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, 1997

⁸Se trata de un neologismo de mi invención compuesto por dos términos: estulto: necio, tonto, vano, y filia: amante de. Agradezco las numerosas e interesantes conversaciones e intercambios con mis amigos y colegas sobre este tema, fueron ellos quienes me ayudaron a encontrar este vocablo síntesis, en especial el inquieto gusto por el lenguaje de Patricio Hernández Pérez.

⁹Distinguimos entre *estultófilo* y *estultofila* como sustantivos que se aplican a los aquejados por este mal, de *estultofílico*, *estultofílica* como adjetivos que califican los distintos fenómenos, rasgos, propuestas.

otras interpretaciones de su biografía. Ante cualquier atisbo de complejidad dicen: "No te entiendo", y se quedan tan anchos.

De esta particular construcción subjetiva surgen individuos alexitímicos, incapaces de bucear en sus sentimientos, que se niegan a la introspección, mostrando distinto grado de dificultades de mentalización¹⁰ (Fonagy, 2004). En los adolescentes encontramos expresiones características que relacionan el pensamiento con determinados fenómenos psicósomáticos: "no puedo pensar, me duele la cabeza", "si pienso vomito", que apuntan a un rechazo global del símbolo, de la palabra, un modo de gestionar el malestar que fija la angustia en el órgano.

La pereza mental impide cualquier aprendizaje nuevo. Cuando aparece una dificultad intelectual, se abandonan a ese no entender, porque su placer no está puesto en descifrar sino en ceder su capacidad de análisis a las imágenes que se les prestan, su inteligencia ha sido secuestrada con su pleno consentimiento y sustituida por la exposición sistemática a un mundo plano, sin apenas discurso, un mundo de imágenes que no requieren demasiada interpretación.

Los estultófilos son estereotipados, carecen de curiosidad (el mundo no es interesante para ellos si está en tres dimensiones), pero se ocupan enormemente de su cuerpo, como si toda su identidad radicara en él. Se representan a sí mismos como seres donde no hay conflicto, pues carecen de capacidad para identificarlo, y como en los pacientes psicósomáticos, este es negado o desplazado a la esfera corporal con somatizaciones múltiples (problemas gástricos, mareos, cefaleas), crónicas o temporales, que surgen tras el fracaso de sus mecanismos de defensa más frecuentes, al ser convocados de algún modo en su endeble subjetividad por un acontecimiento externo: trabajo, pareja, hijos.

El carácter específico del estultófilo no reside en los síntomas, comunes a otras patologías, sino en la cualidad particular de su goce por la

banalidad en el ser y el pensar, su pasión por la ignorancia. Se ocupan de lo superficial, de acuerdo a las propuestas sociales más extendidas, sin que haya ningún tipo de subjetivación de la norma. Por tanto, carecen de una moral autónoma, y pliegan a las propuestas o eslóganes que azarosamente encontraron en su camino. Estos eslóganes constituyen holofrases (Lacan, 1985), con un sentido unívoco, sin posibilidad de apertura a la polisemia ni a la complejidad. En palabras de Lacan: "La alienación está vinculada de un modo esencial a la pareja de los significantes. Cuando no hay intervalo entre S1 y S2, cuando la primera pareja de significantes se solidifica, se holofrasea, el sujeto no ocupa el mismo lugar", esto es, queda identificado con la holofrase que le otorga un sentido cerrado, que no permite el deslizamiento y la división subjetiva.

Su placer por la ignorancia no es efecto de ningún tipo de represión, sino de un vacío de experiencias, de una falta de construcción subjetiva, de la insignificancia de su historia producida por el abandono de la inteligencia y sus capacidades cognitivas, por la pereza mental y la indiferencia moral hacia los otros (aparecen prejuicios ligados a esas holofrases: "los inmigrantes que los maten", "no me gusta leer", categóricos e inamovibles), que son sustituidas por las ofertas mediáticas más pornográficamente estultofílicas¹¹ (Steiner, 2001).

Luis Hornstein (2004) caracteriza a los cuadros narcisistas como personas que padecen defectos estructurales y/o ocasionales. "Estructurales: prevaleció un fracaso en la síntesis de las identificaciones... Ocasionales, duelos traumas actuales..." Y más adelante añade: "En estas problemáticas la realidad exterior suple una historia identificatoria que condujo al vacío del espacio interno. El vacío del yo es más consistente que sus logros" Esta afirmación cabe decirse de los estultófilos: la realidad exterior tiene efectos de suplencia de una subjetividad que no se ha establecido, puesto que no hay lugar para

¹⁰Cogemos el término "mentalización" de Fonagy como la capacidad de pensar los estados mentales ajenos y propios, de reflexionar.

¹¹"En realidad sólo la basura, sólo el *kisch* y los artefactos, los textos o la música producidos exclusivamente con fines monetarios o propagandísticos, trascienden (transgreden) la moral. Suya es la pornografía de la insignificancia". Pensemos en la telebasura, los mecanismos de producción de artistas, tipo Operación Triunfo, los best-sellers escritos por personajes mediáticos, las telenovelas...

ese más allá de las identificaciones que constituye al sujeto humano.

Pero no nos encontramos en el territorio de una clínica del vacío, no es un desinvertimiento narcisista lo que padece el sujeto, sino una inflación del Yo ideal, que no evoluciona hacia el Ideal del yo, un Yo ideal que goza de su narcisismo sin necesidad de entrar en el esfuerzo que comportan los valores. Frente a la clínica del vacío (anorexia, dependencias, psicosis, trastornos borderline), nos encontramos con un vacío sin experiencia del mismo, pues la ausencia está cubierta por la normalidad, un vacío como ideal de salud, la normalidad contemporánea del vacío de subjetividad.

Los efectos de esta epidemia son evidentes, nos encontramos en una sociedad donde el saber ha dejado de ser considerado un ideal humano, la memoria vegetal, los libros, son, para una parte cada vez más importante de la población, objetos inservibles cuyas portadas no parecen esconder ningún misterio.

Como dice George Steiner (Steiner, 2000) "En este planeta el 99% de los seres humanos prefieren, y están en su derecho, la TV más idiota, la lotería, el Tour de Francia, el fútbol, el bingo, a Esquilo o Platón".

La educación está fundada en la idea ilustrada de que la cultura, el pensamiento, puede cambiar ese porcentaje. La escuela, la difusión del conocimiento está basada en la ilusión de que a través de él conseguiremos una sociedad más justa, unos hombres y mujeres más tolerantes, autónomos en sus criterios, y respetuosos con las diferencias que esa autonomía les genera frente a los otros. Sin embargo, dudamos de que nuestras instituciones educativas sean un contrincante a la altura de la omnipresente imagen. Es más, las últimas reformas han edificado una escuela donde el esfuerzo no es premiado y los alumnos pasan de un curso a otro independientemente de cómo se hayan desenvuelto en su trabajo, impidiendo así un encuentro con el trabajo¹² y el esfuerzo.

Son numerosas y arduas las dificultades de identidad de los hombres y las mujeres actuales, cuyos referentes tradicionales: familia (López Mondéjar, 2003a), género (López Mondéjar, 2003b), trabajo (Sennett, 2002) se han convertido en categorías inservibles (categorías zombis en términos de Ulrich Beck (2003)). La familia es hoy multiforme y cambiante, el género polimorfo e indefinido, y el trabajo ha dejado de significar un rasgo de identidad prioritario en nuestras sociedades, pues las condiciones actuales del mercado requieren de trabajadores versátiles y desarraigados. Estas y otras dificultades producen como efectos subjetivos hombres y mujeres sin atributos, amorales, donde lo público ha desaparecido y lo privado se ha elevado a rango de espectáculo.

Si la psique, como piensa el psicoanálisis contemporáneo, no es pensable sino como producto de lo socio-histórico encarnado en los cuerpos a través de la relación sexualizante y de reconocimiento de los otros, ¿qué subjetividades produce este engranaje social?

En primer lugar, tenemos que pensar en un abandono de la categoría del sujeto tal y como lo piensa el psicoanálisis. El sujeto psicoanalítico se opone al yo, observa y soporta la división subjetiva del ser humano en la multiplicidad de identificaciones, pulsiones y deseos que lo constituyen y no sintetiza sino que oscila entre la necesaria integración funcional u operativa y la no-integración productiva que reescribe su historia y la revisa sin cesar. Es un sujeto que vive el conflicto entre las instancias del super-yo, los deseos y la realidad, que sufre contradicciones, que piensa y se recrea con cada nuevo aprendizaje. El sujeto así descrito¹³ ha desaparecido para poner en escena un no-sujeto, un yo-imagen, un falso self¹⁴ –podríamos llamarlo así si no sospechásemos que lo novedoso de la actualidad es justamente la incapacidad para socializar y crear selfs auténticos o verdaderos– bajo cuya teatralidad yoyca no hay absolutamente nada.

¹²En este aspecto cabe decir que la comunidad educativa, o sus dirigentes, confundieron estultofílicamente diferencia con discriminación.

¹³Se trata del neurótico freudiano, de los personajes de Dostoievski, desgarrados por los remordimientos y el sentimiento de culpa, de los niños y adultos edípicos que generaban las sociedades modernas.

¹⁴Ya para Winnicott la sobreadaptación social aparece para enmascarar un vacío fundamental en el sujeto.

Este yo pragmático y adaptado no entra en conflicto con el superyó ni con el ideal porque las normas sociales y familiares han caído bajo el imperio –el imperativo ¿nuevo superyó hedonista?– de los sentidos, de lo inmediato, de los placeres que añora la omnipotente libido sintiendo: la pereza, la sexualidad separada del afecto –que se convierte en enormemente peligroso–, el narcisismo egocéntrico y la gula –con su correlato de obesidad–. Tampoco está presionado por el ello, puesto que este puede expandir los principios básicos que lo rigen, proceso primario, en sus características más preciosas: *inmediatez o descarga inmediata de la tensión* (cultura *play station*, llamamos a la omnipotencia que genera la pantalla donde una orden es inmediatamente obedecida, o el teléfono móvil, donde una confidencia es inmediatamente compartida, eludiendo ambas la demora entre el deseo y su realización), *no sentimiento de culpa*, *no principio de contradicción* (frente a la represión, el hombre moderno desarrolla niveles muy evolucionados de disociación o escisión), *sexualidad libre y perversa polimorfa*, por citar unos cuantos.

Nos encontramos con un aparato psíquico modificado, donde el predominio de lo especular se obtiene mediante una plasticidad sin límites para identificarse con las propuestas estultofilas de los mass media, sin que existan ideales por fuera de esa propuesta totalizadora. Pondré un ejemplo sencillo: una adolescente en una charla en un instituto, comentaba, al informarles de la presión que sobre ellos ejerce la publicidad, que se avergonzaba de sacar su teléfono móvil delante de sus compañeros, porque pertenecía a una generación de aparatos que había quedado obsoleta. La chica *sentía* su vergüenza, pero hasta ese mismo momento no había podido confrontar la presión social –efecto de la presión publicitaria– con nada que se le opusiese, y permitiese una subjetivación de esa presión. Como si su experiencia no hubiera tenido la

oportunidad de simbolizarse, de entrar en contradicción con su economía, por señalar un aspecto pecuniario, material, objetivo, sintetizando algún tipo de respuesta personal, sólo le cupo adaptarse al imperativo de cambiar de móvil.

Los estultófilos, en la clínica, no nos aburren por su tono monótono, ni por el contenido rígido de sus asociaciones, sino por la absoluta banalidad de las mismas, que nos irrita y (nos) cuestiona la necesidad de nuestra intervención. Son esos adolescentes cuyos padres nos consultan por circunstanciales problemas escolares, y que nos descubren una capacidad intelectual buena, junto a una estultofilia que muestra su insondable vacío gozoso, una ausencia de subjetivación que corre paralela a un conformismo social y familiar que aparece como una predestinación incuestionable. Nos comentarán que estudian tal o cual cosa “porque tiene más salidas”, mostrando en cada una de sus frases la ausencia de sujeto, la sustitución de este por el yo polivalente que hemos descrito más arriba.

Para Winnicott, existir es ocupar una posición subjetivada en el mundo y no un mero sobrevivir alienado, los estultofílicos, víctimas de la oligotimia social generalizada, sobreviven en el mundo renegando de la capacidad de pensar, instalándose en el “no sé” que filtra el “no puedo saber” y desmiente el “¿qué se yo?” prohibido de formular” (Fernández, 1995) pues apunta a una subjetivación de la experiencia y de la capacidad de pensar y desear autónomamente, ausentes en el estultofílico.

Si para el sujeto freudiano se trataba de elaborar la herencia, de adquirir lo heredado de filiación –en palabras de Laplanche– hasta elaborarlo psíquicamente, de manera que nos permita desligarnos del progenitor, pero prosiguiendo su obra (que es, entre otras la transmisión de una cultura). El no-sujeto posmoderno, el estultófilo, se identifica masivamente con la herencia cultural más banal, quedando aplastado por esta violencia secundaria¹⁵ que los eslóganes mediáticos

¹⁵Piera Aulagnier acuñó el término “violencia primaria” para definir la tarea de interpretación que los padres ejercen sobre las necesidades del bebé. Tarea imprescindible para la investidura narcisista del niño, pero que comporta el peligro de una injerencia si no deja paso a la aparición de las propias interpretaciones de este a lo largo de su crecimiento. La “violencia secundaria” se identifica con la iatrogenia de la cura analítica cuando el analista está imposibilitado para escuchar la alteridad, lo singular de cada paciente, y le ingiere sus propias hipótesis (en castellano *ingerir* significa: “introducir algo por la boca en el tubo digestivo”, obsérvese la violencia del acto que no cuenta con el deseo previo del sujeto pasivo a quien se le hace ingerir. En este sentido *ingerir* –meter una cosa entre otras/inmiscuirse en asuntos ajenos– tiene una menor capacidad expresiva).

ejercen sobre él, sin sufrirla y sin deseo alguno de separarse de ellos.

Frente a la actividad del sujeto deseante, el estultófilo se aburre.

Para Ricardo Rodulfo (1995), el aburrimiento comporta un narcisismo implícito de quien no encuentra nada suficientemente entretenido o conmovedor en la vida. Entre las diferentes interpretaciones que el autor aporta sobre el aburrimiento, nos interesa la que lo atribuye a una representación del sujeto donde este se ve a sí mismo como imposibilitado para existir y se dedica a reaccionar adaptativamente al medio sin reconocerse en él, lo que concuerda con nuestra hipótesis de un yo vacío, máscara hueca que no oculta nada. No hay represión, no hay escisión, no hay otro lugar donde exista un sujeto: hay nada. Nos encontramos con una modalidad de la clínica del vacío en su vertiente normopática.

Desde aquí podríamos pensar la progresión de trastornos borderline, con sus enormes dificultades de mentalización, como el síntoma del no-sujeto moderno. Sin embargo, en los trastornos narcisistas el borramiento del pensar surge como defensa frente a un dolor del que el individuo no se puede defender más que suprimiendo sus huellas, y arrastrando con esa supresión su propio pensamiento. Es en el mismo sentido que Fonagy (2004) propone la falta de mentalización de algunos niños maltratados como adaptación a lo insoportable del trauma: al no poder hacerse cargo de la reflexión sobre las motivaciones íntimas de su agresor, el niño escinde y niega la escena, arrastrando consigo su propia capacidad de mentalización, es decir, la facultad de interpretar los estados mentales propios y ajenos.

En el caso del estultofílico, el borramiento no es defensivo sino sustantivo, no hay trauma del que alejarse, hay un psiquismo conformado, identificado con las normas sociales más hedonistas, más banales y extendidas. Como apunta Raccati¹⁶ (2003): "En la actualidad lo psicopatológico se expresa cada vez menos como desvia-

ción de la norma y cada vez más como adaptación rígida a la norma... la clínica del vacío es una clínica que se ocupa de lo que Lacan llamaba "psicosis social", es decir, una posición del sujeto que no se manifiesta por la producción de fenómenos psicóticos en sentido estricto (delirios, alucinaciones), sino que se distingue por una experiencia de la ausencia, de vacío existencial, de insustancialidad anónima".

Intentemos dar una primera hipótesis que nos ayude a seguir pensando.

Para Paolo Virno (2002) la tradicional línea divisoria entre miedo y angustia, temor relativo (particular, con rostro, miedo a un peligro preciso) y temor absoluto (indeterminado, incierto, sin causa desencadenante precisa), que señalaron desde Kant a Heidegger, ha venido a menos desde que en nuestras sociedades posmodernas hemos abandonado el concepto de pueblo –ligado a la distinción entre un adentro tranquilizador e identificador y un afuera hostil– por el de multitud, que dinamita esa idea de interno y externo. En nuestro mundo existe entonces una completa superposición entre temor y angustia derivada de la caída de sentido, de la disolución de las costumbres sólidas, de la exigencia a adaptarnos a cambios repentinos. Dice Virno: "Hoy, toda forma de vida experimenta aquel "no sentirse en su casa " que según Heidegger, es el origen de la angustia", y para la multitud contemporánea el no sentirse en casa es permanente e irreversible. El resguardo que la multitud busca para esa falta de orientación son para Virno "los lugares comunes", Aristóteles señalaba tres: la relación entre más y menos; la oposición de los contrarios y la categoría de reciprocidad ("si yo soy su hermano ella es mi hermana"). Virno añade: "ya no inaparentes, sino elevados al primer plano, los "lugares comunes" son el recurso apotropeo de la multitud contemporánea".

Ahora bien, para nosotros, esos lugares comunes a los que la multitud recurre para protegerse mágicamente del peligro impreciso y

"En la actualidad lo psicopatológico se expresa cada vez menos como desviación de la norma y cada vez más como adaptación rígida a la norma..."

sin rostro de un mundo en permanente cambio son los aportados por los medios de masas, unos postulados sencillos y compartidos, hedonistas, a-conflictivos. En la modernidad, la tradición era un lastre aplastante, pero también un reparo identificatorio, señala Hornstein (2004), en la posmodernidad la angustia que Virno señala como fruto de la exposición de la multitud a la intemperie del mundo, insta a una identificación masiva con lo que se cree son los estandartes de una sociedad que se ofrece a sí misma como fin, sin ideales tampoco ella¹⁶. Una identificación que no deja resquicio alguno para el sujeto.

Jaime Lutemberg (1997,1999) llamaba la atención sobre el silencio de los pacientes con vacío mental como fruto, no de la represión, sino de la demostración directa del vacío. Este vacío mental surgiría como una zona escindida del yo que se ha sustraído a la evolución estructurante del aparato psíquico; una estructura de base que es compensada por "otras estructuras psicopatológicas que al mismo tiempo que la neutralizan, la ocultan". Entre ellas estaría la sexualidad en distintas modalidades compulsivas o bizarras. Dice Lutemberg: "cada vez que el individuo intenta discriminarse de su vinculación simbiótica con el medio circundante, que incluye a sus padres, su familia y su endocultura; su proceso transformacional es abortado debido a la vivencia de desestructuración insostenible". Sin embargo, la novedad de la estultofilia es la ausencia de deseo de discriminación, una nueva forma de conformismo que evita la confrontación con la oquedad psíquica.

El estultofilo es el triunfo de la configuración subjetiva que la sociedad industrial posmoderna y poscapitalista requiere para la expansión y desarrollo de sus fines: seres acrílicos, iguales, conformistas, consumidores, obesos y estúpidos, que ignoran el conocimiento y la curiosidad. La única inquietud que percibimos en ellos es apenas una tímida pregunta: ¿esto es normal?, que

descubre su miedo a salirse de la media, su horror a que la discriminación les obligue a construir un perfil subjetivo propio.

Baudrillard (1984), hace ya dos décadas, contemplaba la imbecilidad como una de las figuras de la transpolítica (junto con el obeso¹⁸, el rehén y lo obsceno). La insignificancia, la superficialidad, la estultofilia, constituyen síntomas de nuestro mundo.

Fabián Gimenez Galtó (2002) señala que en las comedias de adolescentes "descubrimos una especie de épica de la banalidad, la heroína del filme atraviesa una serie de aventuras sin perder ni una pizca de su superficialidad original, no hay cambios ni moraleja, todo lo contrario, "una afirmación permanente de la superficie y las apariencias", una nueva sensibilidad, una especie de mutante del nuevo milenio, afirma Galtó.

Estultófilos que se adaptan, que se aburren, que se convierten en objetos sin historia, contrapunto de los sujetos creadores que, ocultos y en la cúspide de la pirámide, crean los eslóganes a los que adherir la carnalidad de unos individuos cada vez menos humanos.

Bibliografía.

Arendt H. Eichman en Jerusalem. Un estudio sobre la banalidad del mal, Lumen, Barcelona. 1967.

Baudrillard J. Las estrategias fatales. Anagrama, Barcelona. 1984.

Bauman Z. Modernidad y holocausto, Ediciones Seguir, Madrid. 1997.

Beck U. La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas, Paidós, Barcelona. 2003.

Bilbeny N. El idiota moral. La banalidad del mal en el siglo XX, Anagrama, 2ª edición. Barcelona. 1995.

Castoriadis C. El ascenso de la insignificancia, Frónesis, Cátedra, Madrid. 1998 a.

Castoriadis C. Frenar el ascenso del no-pensamiento. Contra el conformismo generalizado, publica-

¹⁶Los ideales propuestos son siempre materiales –posesión de bienes de consumo- o estéticos. El fracaso del ideal de delgadez (que insta tanto a la anorexia como a la obesidad) tiene que ver con que es en sí mismo un ideal imposible de alcanzar conforme a los modelos propuestos, pues no tiene en cuenta las diferencias individuales en los cuerpos concretos a los que afecta. Esta imposibilidad lleva al abandono del ideal del yo y a refugiarse en un Yo ideal de pereza, conformismo, y obesidad a la larga, que nos habla de la incapacidad del de la multitud para subjetivar el mandato estético adaptándolo a los límites de su constitución física. Es una vez más la lógica del todo o nada que muestra elocuentemente la ausencia de un sujeto negociador.

¹⁸Para Racalcati, en el obeso se da una "predisposición al pensamiento concreto-operativo como efecto de una separación personal entre los afectos y las ideas, entre el sujeto mismo y su realidad psíquica...una tendencia al aplastamiento de la palabra sobre la actualidad de lo cotidiano, como dificultad específica para adquirir una perspectiva histórica de los acontecimientos, como palabra vacía separada del ser del sujeto".

do en *Le monde diplomatique*, año III, nº 33-34, agosto/septiembre, edición española. 1998 b.

Eco U. *Resistirá, Radar*, Página 12, Argentina, 7 de diciembre. Traducción de Sergi Di Nucci., revista virtual. 2003.

Fernandez A. *Aburrirse=aburrarse en Trastornos narcisistas no psicóticos*, Paidós, Buenos Aires. 1995.

Finkieltraut A. *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona. 1987.

Fonagy P. *Teoría del apego y psicoanálisis*, Expaxs, Barcelona. 2004.

Gimenez Galtó, F. *Banalidad y teoría de la simulación: la paradoja de hablar del nada que decir*, *Revista Metáfora Visual*, México, año 3, nº 4, nov-dic, revista virtual. 2002.

Gubern R. *El eros informático*, Taurus, Barcelona. 2000.

Hornstein L. *Narcisismo e intersubjetividad*, Sociedad Psicoanalítica del Sur,SPS, Buenos Aires, publicación virtual. 2004.

Hornstein L. *Intersubjetividad y clínica*, Paidós, Buenos Aires. 2003.

Lacan J. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, libro 11. 1985.

Lopez Mondéjar L. *Materias primas: música y cine en el origen de la creación literaria*, en "Coa musica a otra parte", Asociación Gallega de Salud Mental, Ourense. 2002.

Lopez Mondéjar L. *Masculino/femenino/neutro. Vicisitudes de la identidad de género en la adolescencia*, *Aperturas Psicoanalíticas*, *Revista de Psicoanálisis*, nº15, noviembre. Revista virtual. 2003.

Lopez Mondéjar L. *Amores en fuga*, *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, AEN, nº 87, Año XXIII junio/septiembre. 2003.

Lutemberg J. *Sexualidad y Vacío Mental*, en *Zona erógena* nº 35, Buenos Aires. 1997.

Lutemberg J. *El vacío mental. Una nueva dimensión teórica y clínica*, en *Zona erógena* nº 44, Buenos Aires. 1999.

Pain S. *Diagnóstico y tratamiento de los problemas de aprendizaje*, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires. 1990.

Pain S. *La génesis del inconsciente. La función de la ignorancia Tomos I y II*, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires. 1985.

Peters C. *Trivializando a los Adolescentes, Rebelión*, 4 febrero, revista virtual. 2003.

Racalcati M. *La clínica del vacío: Anorexia, dependencias, psicosis* Editorial Síntesis, Madrid. 2003.

Rodulfo R. *El síndrome del aburrimiento en Trastornos narcisistas no psicóticos* Paidós, Buenos Aires. 1995.

Roitman M. *El pensamiento sistémico. Los orígenes del social-conformismo*. Siglo XXI Editores, México. Reseña de Pascual Serrano para *Rebelión*, 4 noviembre 2003, revista virtual. 2003.

Sennett R. *La corrosión del carácter*, Anagrama, Barcelona. 2002.

Steiner G. *Presencias reales* Destino, Barcelona. 2001.

Steiner G. *La barbarie de la ignorancia* Taller de Mario Muchnik, Madrid. 2000.

Virno P. *Gramática de la multitud. Para un Análisis de las Formas de Vida Contemporáneas*, inédito. Clases impartidas en el doctorado de investigación en Ciencia, tecnología y sociedad desarrollado en el departamento de Sociología y Ciencia Política de la Universidad de Calabria. Texto transcripto por la Dra. Giuseppina Pellegrino y revisado por el autor. 2002.